

## Una época interesante



Cuando miramos hacia atrás y advertimos los extraordinarios cambios que ha experimentado el mundo en pocos años, solemos decir con satisfacción que nos ha tocado vivir una época interesante.

En uno de sus libros, el ensayista Lewis Mansfield nos pone en guardia respecto a esta expresión, recordando que los chinos, cuya sabiduría es proverbial, suelen maldecir a sus enemigos diciéndoles: "¡Que vivas en una época interesante!". Y agrega Mansfield que los chinos bien sabían que pocas cosas en la vida alcanzan su consumación en medio de deslizamientos morales y de terremotos políticos o científicos.

La época interesante en que se nos ha dado vivir ha estado afectada a mutaciones tales, que son muchos los hombres que aún no se habitan al desarrollo científico y tecnológico que les ha tocado presenciar. Un efecto lateral de este desarrollo ha sido la paulatina destrucción del medio ambiente. El smog en el aire, la contaminación en las aguas, la destrucción de áreas verdes han llevado al mundo a un colapso del que no se sabe cómo saldrá.

Todo esto parece cuento de ciencia ficción, hasta que la contaminación ambiente entra de lleno en nuestras vidas en forma simple y directa. Tiempo atrás, en la costa adriática, queriendo comer uno de los sabrosos pescados que son orgullo de la región, me encontré con el sorprendente hecho de que, por efecto de la contaminación del mar, los peces eran tan escasos como las perlas en las ostras.

Un jovial optimismo hace que gran parte de la humanidad se encoja de hombros ante estos hechos y confíe en que, de todos modos, el mundo se salvará. Thornton Wilder en una obra teatral que tuviera gran divulgación en tiempo de la última guerra, repasaba los momentos en que la humanidad estuvo a punto de ser exterminada, para llegar a la conclusión de que el mundo siempre se salvaba "por un pelo".

Por otro lado, los ecologistas advierten que se han ido cumpliendo más aceleradamente de lo que se suponía las predicciones de destrucción de elementos ambientales que son los que permiten la vida del hombre y urgen a los responsables de las políticas científicas, tecnológicas e industriales del mundo a poner atajo a tan delicada situación.

Cuando los ecos de este debate en que está envuelta nada menos que la vida de la humanidad llegan hasta nosotros, en este continente de países en desarrollo, impotentes para gravitar en decisiones en que nuestras propias vidas están en juego, no queda otra posición que la del cuento del guardavía que, advirtiendo que dos trenes se van a enfrentar en la misma línea y no disponiendo de los medios para evitarlo, se limita a llamar a su señora diciéndole: "Ven, Domitila, el medio choque que vamos a ver".

Pero mientras esperamos si el choque se produce o no, si el mundo se salvará "por un pelo" o se extinguirá víctima de su propio progreso, no podemos menos que recordar esa fábula que aprendimos de chico, que después vimos en algún dibujo animado y que Goethe la jerarquizó al ponerla en versos: la fábula del aprendiz de brujo, la del muchacho que descubrió el conjuro de su amo para que escobas y baldes hicieran su trabajo mientras él holgazaneaba, pero como no sabía el conjuro para detener esa actividad, terminaba agobiado por los baldazos de agua y el polvo que levantan las escobas.

Algo así pareciera que le ha sucedido al género humano. Aprendió el conjuro para extraer de la Naturaleza lo que necesitaba para su confort, pero ignora las palabras mágicas con que detener una febril actividad que ha terminado por arrinconarlo.

¿Encontrará nuestro héroe las palabras mágicas para impedir su horrorosa muerte?

Vea el próximo capítulo de nuestra serie titulada "Una época interesante" y lo sabrá.